

EL GALLO



EN CORRAL AJENO Por EMILIO ROMERO

El Gobierno de diferentes (no se trata de un Gobierno de grupo o de partido) no es un mosaico de Talavera, sino arábigo, que es más entramado y sutil. Ya ha dicho el Vicepresidente, en su declaración, que «se supeditarán en todos los casos las visiones departamentales a la unidad de dirección». Se acabó el tiempo de los Consejos de Ministros con opiniones diferentes que tratan de avenirse; lo que habrá es un Gobierno en todo el sentido de la palabra. Todos están unidos; todos serán responsables.

La política exterior ha dejado de ser un islote en el Gobierno, sino que aparecerá relacionada con la política interior.

La política interior ya no estará precisada de realizarse a través de subsecretarios (viejo diálogo Herrero-Rodríguez de Miguel, Valcárcel-Rodríguez de Miguel), ante la imposibilidad de dialogar eficazmente los ministros. Más paz para los gobernadores.

Los Ministerios económicos, el Ministerio de Trabajo y el Sindicalismo tendrán que tender puentes de comunicación, de colaboración y de entendimiento.

Se ha comentado mucho el color del nuevo Gobierno. A mí no me parece monocolor, sino un arco iris, que es un conjunto de colores diferentes que se avienen a unirse y a establecer un semicírculo en el horizonte después de la lluvia. Desde que en España no hay partidos políticos, todo queda reducido a la conducta de los hombres, y éstos llegan al Poder desde lugares diferentes y por su propio pie. ¡Ah, el Poder! El Poder llama a los políticos con tanta fuerza como las sirenas a Ulises. Más vale no preguntar quiénes son, qué es lo que piensan o de dónde vienen. El Poder es fascinante. Vamos a ver muchas sorpresas en la «pedrea» de altos cargos. Pero veamos cómo es de atractivo el Poder.



mundo católico tradicional. Los monárquicos de Estoril ya se habían evaporado; Vigón fue el último. En el Gobierno de ahora, a Solís le sustituye uno de los hombres promovidos por la Secretaría General del Movimiento, el profesor Torcuato Fernández Miranda; y llega a Trabajo el primer secretario del Consejo Nacional del Movimiento, Licio de la Fuente. Dos antiguos sindicalistas nombrados por Solís (aunque ahora estuvieron a las órdenes de Laureano López Rodó) cubren los Ministerios de la Vivienda y de Agricultura, en calidad de técnicos (Mortes y Allende), y un miembro representativo de las áreas económicas del Sindicalismo es designado ministro de los Sindicatos. A Información llega el embajador Sánchez Bella, oriundo del mundo católico, quien dio entrada en la política a Fraga. Los que muestren interés por las estadísticas, mediante los coeficientes, no hallarían grandes diferencias entre uno y otro Gobierno. Algunos no se han dado cuenta todavía de que el resultado de esta crisis es coherente con la mudanza del Régimen, que viene de muchos años atrás. Pero, como me dijo un ministro una vez, «mientras somos ministros no nos enteramos». Lo que hay distinto es todo esto:

El Vicepresidente es más Vicepresidente; quiere decir que vicepreside más.

El ministro López Rodó, comisario del Plan de Desarrollo, ha catapultado a sus tres colaboradores máximos a Ministerios económicos y sociales (Agricultura, Industria y Vivienda). En el Ministerio de Hacienda hay un antiguo colaborador suyo; y en Comercio está un personaje no disidente, sino alineado. Lo que se ha cristalizado es un equipo orientado por las superiores directrices de la empresa del desarrollo. Por primera vez los Ministerios llamados económicos tendrán timonel.

1 Estalló la crisis



NUESTRO pronóstico se cumplió. A mediados de semana estalló la crisis. Algunas personalidades políticas la han recibido como un tortazo. Tenían aspiraciones. La óptica política acostumbra a ser parcial e interesada. Pero si nos situamos por arriba del valle de lágrimas de la política, para ver las cosas desde lo alto, observamos que si se coteja ideológicamente el viejo Gobierno con el nuevo Gobierno, resultan muy parecidos. La gran mayoría de los ministros ya no proceden de los cuatro grandes estamentos políticos que se tenían en cuenta para hacer los Gobiernos, y que eran monárquicos, falangistas, tradicionalistas y católicos de la A. C. N. de P. (Asociación Católica Nacional de Propagandistas). En la crisis de 1957 comenzaron a entrar los técnicos o «tecnócratas» (como les llama la gente) y algunos de ellos pertenecen, en sus comportamientos espirituales, al Opus Dei. En el Gobierno anterior figuraba, residualmente, el tradicionalismo, representado en el señor Oriol; el falangismo, también residualmente, representado por Solís Ruiz; el sindicalismo, de ejercicio, en Sánchez-Arjona. (Pasó de la Secretaría General de los Sindicatos al Ministerio.) En Información figuraba un hombre del Movimiento (de última hora, puesto que sus raíces eran del mundo católico); su entrada en la política fue con Ruiz-Giménez, me refiero al ministro Fraga; en Asuntos Exteriores había un católico-monárquico-profesor: Castiella. Coautor, con Areilza, de las «Reivindicaciones de España». Silva era el más estricto representante del

2 Las tomas de posesión



LAS tomas de posesión de los ministros es un espectáculo que debiera desaparecer por inhumano. Algunos ministros han llorado al despedirse. Pero, ¿por qué se llo-

ra? Decían los viejos conocedores del hombre, en la antigüedad, que el varón lloraba exclusivamente por dos cosas: por las infidelidades de una mujer o por ira. Pienso que aquellos hombres se quedaron cortos. O por lo menos habría que establecer otras especies de sentimientos, o sub-llantos, para encuadrar esta mortificante situación de ciertos políticos al dejar sus cargos. El llanto del hombre que abandona una alta función pública puede ser por un ejemplar encariñamiento o enamoramiento por ella. (La política es femenina, y es inaccesible a veces o infiel.) También se llora por ira, pensando que se han comportado mal con quien cesa. En cualquier caso, la escena es deplorable y no debía ser pública. La entrada y la salida de la política deberían tener más naturalidad y menos apasionamiento, más sobriedad y menos ritualismo. Un hombre debe ascender a las altas dignidades de la función pública y más tarde reintegrarse, silenciosamente, a su casa, a su ciudad o a su barriada, sin que se desarbole su armazón moral. Qué alegrías y qué disgustos los de los actos de toma de posesión.

Luego hay algo todavía más lamentable. A estos actos asisten las clientelas desoladas o identificadas con el que se marcha, que ofrecen unas caras larguísimas; y las clientelas expectantes o partidarias del que llega, que lucen unos semblantes espléndidos. Allí se mezclan el temor y la esperanza, el desconsuelo y el júbilo, la irritación y la mala uva. No se me olvida la toma de posesión de Fraga, hace unos años, con Gabriel Arias-Salgado, que cesaba. Gabriel Arias-Salgado era un hombre que se oscurecía a propio intento; no se pudo decir nunca de él que era el ministro de Información de sí mismo; tampoco pensó —inocentemente— el día antes, que cesaba. Llegó al acto sobrecogido, apurado, desconcertado y con traje oscuro. Fraga, con bastantes más kilos que ahora, estaba rozagante, poderoso, inquieto; como Gabriel Arias-Salgado representó el tiempo de la censura, allí estaban muchos que iban a sacarse la espina. Su presencia era locuaz y hasta provocativa. Entre ellos, el más ruidoso de todos, Edgar Neville. Luego le pondría como chupa de domine en un periódico. Ahora, 1969, Fraga aparecía irritado, conmovido, sombrío y sin los kilos de antes. En fin: un espectáculo nada serio este de los relevos con estrado y todo. Máximo decía estos días en un artículo: «Si yo fuese ministro —mano enguantada de doña Leonor a la que renuncio de por vida— colocaría en la pared frontal a mi sillón la palabra "EX". Ella sería mi cilicio y mi espuela. Ella garantizaría el realismo y mesura de mi mandato.

Ella me ayudaría a potenciar el presente con la vista puesta en el previsible futuro. Futuro fatal de necesidad, aunque no necesariamente fatídico».

3 Un artículo injusto



Ya que se ha mencionado a Gabriel Arias-Salgado, es justo salir al paso de un artículo de «ABC», donde, con el noble propósito de decir que Fraga ha sido un gran ministro —y es verdad que ha hecho una espléndida Ley de Prensa y ha desplegado una gran actividad—, arremeten contra su antecesor, y hasta señalan que tuvo un deficiente equipo de colaboradores. Los colaboradores de Gabriel Arias-Salgado fueron, entre otros muy relevantes, Villar Palasí, el actual ministro de Educación; el consejero nacional y profesor de la Universidad de Madrid, Adolfo Muñoz Alonso; el famoso fundador de tanto lema e ideología contemporánea, Juan Aparicio; el profesor Juan Beneyto; el que fue presidente de Sala del Tribunal Supremo, Cerviá; el profesor y actual director general de Bellas Artes, Florentino Pérez Embid; el profesor de Historia, Vicente Rodríguez Casado. El Ministerio de Información y Turismo que hoy se levanta como una realidad física y administrativa nueva, en la Castellana, se hizo en tiempos de Arias-Salgado. Y la Escuela de Periodismo. Y Televisión Española. Y la Agencia Efe. Y Radio Nacional de España. Y el primer lanzamiento, a buena escala en aquel tiempo, de los Paradores de Turismo, cuando todavía no venía nadie, porque nadie viajaba. Pero todo ello se olvida o se oscurece, porque Arias-Salgado encarnaba la censura. Toda la censura. Y es verdad. Pero la censura pertenece a los tiempos de rigidez española en todos los terrenos. También el Movimiento amplio que es hoy era entonces un partido único. Y la Iglesia no era la conciliar de hoy, sino la retrógrada. Y las Cortes eran un gran aplaudiómetro. Y los Sindicatos no estaban al nivel democrático que ahora. Y no conocíamos las frases «conurrencia de criterios» y «contraste de pareceres». Pocos meses antes de cesar Arias-Salgado tenía ya un proyecto liberal de Ley de Prensa para corregir la de 1938. A esa comisión pertenecía yo y el propio señor Fraga. Allí había un representante de la Iglesia, que era el direc-

tor de «Ecclesia», y que hoy es obispo. Es verdad también que Arias-Salgado era un hombre muy estrecho en materia religiosa y en asuntos políticos. Impuso el chal en la Televisión y creía que el pueblo era menor de edad. Pero gobernó en un tiempo donde tenían ambiente esas cosas. Ahora habría cambiado. Gabriel Arias-Salgado era honrado, humilde, afectuoso y conversador. Salía uno de su despacho sin sacar mucho en materia de apertura, pero satisfecho del trato. Manuel Fraga es destemplado, no da respiro al interlocutor, a veces es mal educado, nada humilde, desdeñoso y con un trepidante dinamismo en el servicio de su función. Arias tenía mano derecha y concedía poco. Fraga Iribarne concedía algo —en materia de apertura— sin mano derecha; no tenía ni una sola actitud diplomática a pesar de ser éste su oficio. Si Gabriel Arias-Salgado fuera algo así como Pío XII y Fraga como Juan XXIII —aunque un poco menos—, parece ser que Sánchez Bella, el nuevo ministro, será como Pablo VI. Y como esto es la historia —aunque historia pequeña—, yo tengo el gusto de contarla; y me reservo algunas cosas porque, si las dijera todas, ¿qué materiales constituirían mi libro de Memorias, que ya tiene título y que se llama «Sin amarras»?

4 Tiene que estar hecho un lío



MIS aires me dicen que el Gobierno no va a retirar el proyecto de Ley Sindical de las Cortes. Eso es un gran acierto. Lo que se ha organizado es un verdadero ferial de opiniones alrededor de lo que debe ser una Ley Sindical. Unos expertos de tres países distintos vinieron un día comisionados por la O. I. T. (Organización Internacional del Trabajo) y emitieron un largo informe sobre todo lo que pasa aquí en materia social y sindical y sus consecuencias políticas o económicas. Los obispos catalanes han lanzado otra manifestación. Ahora distribuyen otro documento un grupo de profesores de Teología, Filosofía, etcétera. Se esperan documentos más concretos del Episcopado. Recientemente, el ilustre «padre de la Patria» y bullicioso aperturista Alberto Ballarín Marcial, ha explicado muy bien su fórmula. El periódico «Ya» publicó una serie de artículos, y su habitual colaborador Villar Arregui hizo

también su crítica de oreja a rabo al proyecto de Ley. Otros periódicos, y múltiples especialistas de reconocido crédito, y hasta nuevos en la plaza, se han referido al tema. Ríos de tinta, torrentes de palabras, octavillas clandestinas, sermones, anegan y agotan esta cuestión. Entonces, oprimido en mi condición de ciudadano, abro mi caparazón y me sumerjo en esta reflexión cándida: ¿Y cómo se oye menos que a nadie a los obreros, si el sindicato es, preferentemente, su sociedad? El empresario se defiende en sus patronales, en sus consorcios, en sus ventanillas de la Administración, en sus casinos, en sus relaciones; mientras que el pobre obrero no tiene dónde caerse muerto más que en su sindicato. Y de su sindicato hablan: el consultor del Secretariado Romano «pro non credentibus», el secretario de la Comisión Nacional «iustitia et pax», el prior del convento de San Pablo, de Valladolid; maestros de Eclesiología, un notario de Madrid, condes (de Montarco o no), terratenientes, jurisperitos, abogados del Estado, catedráticos de Sicolología, etcétera. El obrero que ha oído decir que el sindicato lo fundaron hace cerca de cien años para reducir la jornada laboral, aumentar los salarios y humanizar el feroz capitalismo de entonces, y que después ha vivido, y sigue viviendo, para poner al trabajo en el sitio que merece y hacer justicia distributiva, debe estar hecho un lío. Es muy fácil que se pregunte: «¿De qué sindicato hablarán?».

5 «La vida no es una novela rosa»



UN amigo mío entrañable —de esos que no son temporales, coyunturales, obligados y evaporables al menor escozor, Juan García Carrés— me pregunta, con gran interés y alabanza, si he leído un artículo

titulado «Las riquezas de la fe», que publica monseñor José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, en el suplemento de «ABC» del domingo. Se me había pasado. Leo pocos artículos religiosos, porque no acaba de salir la dialéctica católica del pantano de tópicos con que la ha visto, la ha leído y la ha escuchado mi generación. Y hago mal, porque alguien me dice que los artículos religiosos de Adolfo Muñoz Alonso, en «Arriba», deben leerse «entre líneas», porque tienen cosas siempre contra alguien. No lo creo. El eminente profesor de Filosofía dice cosas tan brillantemente enrevesadas para legos como yo que son como sendas inaccesibles de sabiduría, a donde no podemos ascender, pero que compartimos. Vuelvo corriendo al suplemento de «ABC» y me encuentro con un bello artículo, diáfano escrito y razonado, al hilo mismo del mensaje cristiano de todos los tiempos. Creo que muy actual. Pero como mi amigo debe haberle visto alguna intención que yo no alcanzo, transcribo aquellos párrafos que tienen más alusiones a cosas temporales para que el lector haga el juego apasionante de cien años de vida española de leer entre líneas:

«No es mi misión hablar de política. Tampoco es esa la misión del Opus Dei, ya que su única finalidad es espiritual. El Opus Dei no ha entrado, ni entrará nunca, en la política de grupos y partidos, ni está vinculado a ninguna persona o ideología. Ese modo de actuar no es una táctica apostólica, ni una conducta meramente encomiable. Es una necesidad intrínseca para el Opus Dei proceder así, ya que lo exige su misma naturaleza y tiene un resello evidente: el amor a la libertad, la confianza en la condición propia del cristiano en medio del mundo, actuando con completa independencia y con responsabilidad personal. No hay dogmas en las cosas temporales. No va de acuerdo con la dignidad de los hombres el intentar fijar unas verdades absolutas en cuestiones donde, por fuerza, cada uno ha de contemplar las cosas desde su punto de vista, según sus intereses particulares, sus preferencias culturales y su propia experiencia peculiar. Pretender imponer dogmas en lo temporal conduce, inevitablemente, a forzar las conciencias de los demás, a no respetar al prójimo».

«Pienso, sin embargo, que un cristiano ha de hacer compatible la pasión humana por el progreso cívico y social con la conciencia de la limitación de las propias opiniones, respetando, por consiguiente, las opiniones de los demás y amando el legítimo pluralismo. Quien no sepa vivir así, no ha llegado al fondo del mensaje cristiano».

«Si otras personas piensan de manera distinta a como pienso yo, ¿es eso una razón para considerarlas como enemigas? La única razón puede ser el egoísmo, o la limitación intelectual de quienes piensan que no hay más valor que la política y las empresas temporales. Pero un cristiano sabe que no es así».

Estos son los párrafos. Parece que Luis María Ansón, que lleva el suplemento de «ABC», ha querido romper un corriente cliché del Opus Dei que retrata su supuesta afición a los asuntos temporales, para restituir la leyenda negra a los purísimos manantiales de la doctrina. Un artículo para quitar el miedo ante un Gobierno con muchos miembros pertenecientes a la Obra. Luego, monseñor Escrivá dice que la vida no es una novela rosa. ¿Y por qué no lo será?, digo yo. Aunque fuera cursi. Lo que es más bien, es un arte feroz de cetrería, a lo vivo.

6 La política y la caza



Y ahora que me acuerdo: No ha sido probado, tras la última crisis, que la caza sea una actividad, ni siquiera importante, para triunfar en política. Los tres días de caza anteriores a la crisis registran cazadores ministros que han cesado; mientras que otros, que nunca han cazado, están en varios Ministerios. Esto puede aliviar las tensiones de la Ley de Caza, que espera su turno en las Cortes. Que, como dice Lope de Vega en «El gran duque de Moscovia», los cazadores deben comer y mentir, que esa es su gloria. Ultimamente, la pasión de la caza era rumoreante, posibilitante, agotadora e impura.